

SUSCRICION.

M ADRID.

Un mes..... 4 rs.

Un trimestre. 10

Un siglo..... 3200

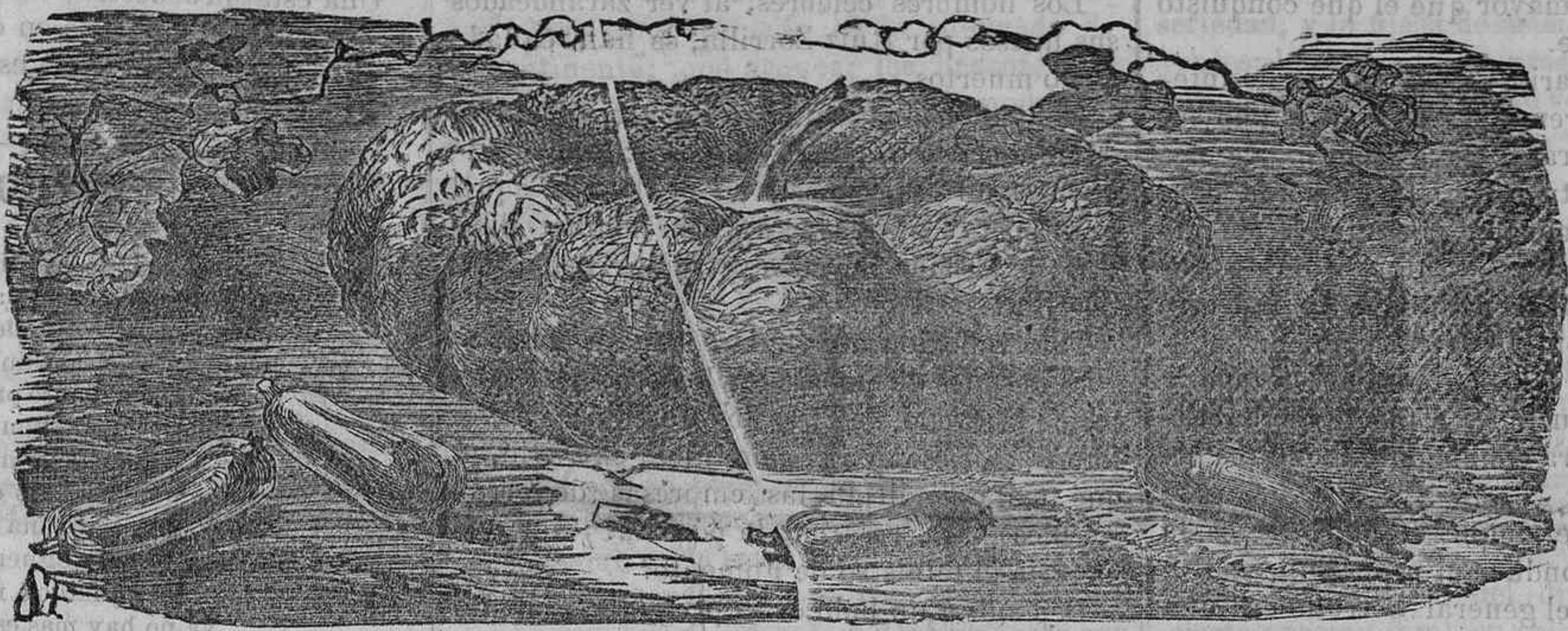
—

Trimestre.... 12 rs.

—

EXTRANJERO Y UL-
TRAMAR.

Tres meses.. 20 rs.



SE SUS RIBE
En la Administra-
cion, calle del Moli-
no de Viento, 13,
principal, y en las
principales librerías.

—
REDACTORES.
TODOS LOS ESPAÑOLES.
—
DIRECTOR:
D. JOSÉ E. AMÍROLA.
—
Número suelto,
CUATRO CUARTOS.

LA GORDA,

PERIODICA LIBERAL.

ESTE PERIODICO SALDRA (SI EL TIEMPO LO PERMITE) SEIS VECES AL MES.

HALLAZGO.

El día menos pensado aparecerá en las columnas de *La Correspondencia* la siguiente PÉRDIDA.

«Desde su conciencia hasta sus labios se ha perdido la persona del duque de la Torre; responde á cualquier nombre, y se darán varias gracias al que no la encuentre en ninguna parte.»

Alentada por esta recompensa la España con honra, pone su frivolidad y su espíritu rutinario al servicio de su pereza, y se dedica á la improba tarea de

No encontrar al duque de la Torre.

Y por más que el duque de la Torre no pierde ocasion de hacerse el encontradizo, cada vez que saltá su figura á los ojos de cualquier español, es moda revolucionaria cerrar los ojos, diciendo con sencilla modestia:

No te conozco.

¿Quién se atreve á conocer al duque de la Torre?

De buena fé creemos que ni él mismo se ha tomado nunca esta molestia.

Así es que el duque de la Torre cree buenamente que es un hombre como otro cualquiera.

Como aquel príncipe narigudo, á quien sus cortesanos presentaban siempre servidores de descomunales narices, el general Serrano está profundamente convencido de que la verdadera belleza consiste en la deformidad.

Si por extraño evento viera un hombre sin joroba moral de ninguna especie, le miraría con la profunda lástima con que se contempla un fenómeno.

Si el duque de la Torre hubiera vivido alguna vez, creeríamos que el general Serrano era un heredero que se reía de un difunto.

Pero como según nuestra íntima creencia, el duque de la Torre no ha tenido nunca más que una existencia puramente fantasmagórica, preferimos creer que el duque de la Torre es un muerto que se ríe de sí mismo.

Borrad de la cabeza del duque de la Torre su sonrisa, y solo quedará una calavera.

Pero ello es que el duque la Torre no parece.

Cuando se le busca en una parte resulta en otra.

Los que le vieron en el Campo de la Lealtad, le ven al poco tiempo en las Ventas de Cárdenas.

Muda de lugar á cada paso, y no tiene asiento en ninguno.

Para los incautos vive siempre en Babia; pero su palacio tiene una puerta falsa que comunica con el campillo de Manuela.

Desde hace algunos días anda más invisible que nunca.

Cuando se anunció el proyecto de regencia, nos pareció verle solo.

Luego estuvo al lado de los progresistas.

Después se ha vuelto á juntar con los unionistas.

Ahora parece que decididamente ha planado su tienda en el campo de la democracia.

Allí no le faltan parroquianos: pero no hay que preguntar dónde se halla el duque de la Torre, porque se pasa el día en la trastienda.

El duque de la Torre es un hombre leal, tan leal, que nunca ha pretendido pasar por otra cosa que por lo que es.

Es además un hombre franco, tan franco, que no vale una peseta.

Es honrado, porque está lleno de honras y mercedes.

Es probo, porque ha probado todos los guisos políticos.

Es desinteresado, porque maldito el interés que le inspira ninguna cosa de este mundo.

Y por último, es *ilustre* y *excelente*, como será *sereno* dentro de poco por sus tratamientos.

Pues á pesar de esto, repetimos, ¿quién conoce al duque de la Torre?

No le conocen sus amigos los unionistas, puesto que han hecho todo lo posible porque no llegara á madurez la breva de la regencia.

No le conocen los progresistas, puesto que solo le toleran con la condicion de vigilarle desde la encrucijada de cuatro ministerios.

No le conocen los demócratas, toda vez que solo se fían de él cuando les tiene cuenta.

Y por último, no le conoce el país cuando le inspira ilimitada confianza.

En cambio, el duque de la Torre conoce perfectamente al país, á los demócratas, á los progresistas y á los unionistas, y se ríe de todos debajo de su antifaz de hombre cándido.

Y nada más cómodo que la candidez del duque de la Torre.

Candor inocente que le hizo revelarse contra la Reina, que le habia colmado de beneficios.

Infantil inocencia que le llevó á la presidencia del Gobierno provisional, que más tarde le hizo jefe del Poder ejecutivo, y que hoy le eleva á la regencia del reino.

Candorosa insignificancia que le sirve para lograr todos sus planes, afectando siempre no tener ninguno.

Entre Prim y Serrano, entre Serrano y Topete, no hay diferencia ninguna.

Y sin embargo, á Topete se le ha escapado Montpensier, á Prim se le ha escapado la popularidad; solo á Serrano no se le ha escapado la regencia.

Entre esa turba de ambiciosos vulgares, de tribunos sin fé, de aventureros sin valor, solo el duque de la Torre, que no tiene más arranques, ni más entusiasmo, ni más talla que ninguno de ellos, ha logrado llegar al noveno mes del alzamiento nacional sin que

su descrédito sea mayor que el que conquistó el 19 de Setiembre.

Los revolucionarios más ó menos desinteresados han ido renunciando uno á uno sus sueños de triunvirato, de directorio, de plebiscito para Montpensier, de votación para Espartero, de monarquía portuguesa, de interinidad indefinida y de ministerio de notables; solo el desinterés del duque de la Torre se ve premiado con la regencia única.

Prím y Topete, Ríos y Posada, Olózaga y Rivero se ven reducidos, á fuerza de habilidad, á su verdadera condición de hombres inútiles.

La inutilidad del duque de la Torre es la habilidad que le conduce al poder supremo.

Decíamos que el general Serrano era una incógnita que era preciso despejar; decíamos que la persona del duque de la Torre se había perdido.

No nos aflijamos.

Acabamos de encontrar al futuro regente en la profundidad de este pensamiento unionista.

Gran cosa es ser tonto, pero mejor cosa aun es parecerlo!

INCAUTACION DE LOS MUERTOS.

Ha sonado la trompeta de Ruiz Zorrilla, y aunque no es la del juicio ni mucho menos, se han conmovido los muertos en sus tumbas.

Expliquemos el caso.

Votada la Constitución, era necesario solemnizar su natalicio de un modo tal que asombrara á chicos y grandes.

Toros, músicas y luminarias fueron las fiestas que los progresistas, alegres de suyo, propusieron como más apropiadas al caso de que se trataba; pero el ministro de Fomento, á pesar de ser tan alegre como el mismo Rivero, no fué de la opinión de sus correligionarios.

Ruiz Zorrilla, imitando á los trapenses, que en todos los momentos de su vida llevaban en la imaginación la idea de la muerte, quiso unir el natalicio de la Constitución con un acto fúnebre, y demostró su mucho genio soltando un decreto cuya idea puede resumirse en esta forma:

Incautación de los muertos.

O en esta otra:

Centralización de los difuntos.

Varias iglesias de España retenían las cenizas de muchos hombres célebres, sin más razón ni título para poseerlas que el deseo de cumplir la última voluntad de estos hijos ilustres de la patria.

El cautiverio era injusto á todas luces, y el sol de la libertad, que se metió hasta en los rincones más escondidos, ha llegado á las tumbas de Guzman, del Cid, de Arias Montano y de otros varones esclarecidos, diciéndoles por boca de Ruiz Zorrilla:

«Abandonad el lecho mortuario en que os hallais á la sombra de la Iglesia católica; y seguidme, al son del himno de Riego, al panteón que aun no he construido, pero que será, Capdevila mediante, una especie de casa de dormir ventilada por las auras de la libertad de cultos.»

La revolución, que todo lo revuelve, entierra á los vivos y desentierra á los muertos.

Los hombres célebres, al ver zarandeados sus huesos por Ruiz Zorrilla, se han callado como muertos.

Chateaubriand se horrorizaba ante la idea de un cadáver viajando en posta; ¿qué sentimientos no despertarían en el alma de aquel gran poeta los cadáveres de los hombres ilustres de España llevados y traídos por Ruiz Zorrilla?

Esta reflexión nos sugiere una pregunta:

Si después de embalados los preciosos restos de Quevedo, de Tirso de Molina ó de Jovellanos, sufriesen en el camino un extravío, ¿á qué tarifa acudirían las empresas de ferrocarriles para resarcir la pérdida? ¿Con qué pagaría el ministro de Fomento?

Dejemos á un lado estas preguntas, que no tienen, por ahora, contestación práctica, y pasemos adelante.

Quisiéramos haber hecho los estudios de un distinguido literato que tiene escrita, ó pensada al menos, una novela titulada *La vida de los muertos*, para poder asistir con fruto á la primera conferencia que tengan los hombres célebres en el panteón de la libertad; y no vayan Vds. á creer que este deseo nace de la curiosidad que nos inspiran los juicios de Churruga y del duque de Alba acerca de la conducta de Topete y Serrano; nada de eso: nuestro objeto sería tan solo averiguar cómo se explican el acto revolucionario que les obliga á viajar en ferrocarril.

Verdad, es que quien asistiera de oyente á la conferencia de los hombres célebres, experimentaría un grandísimo dolor al verlos cojos ó mancos por efecto de las molestias del viaje.

Los reaccionarios desterraban á los vivos; los liberales destierran á los muertos.

¿Acaso los destierran por conspiradores mudos contra el desorden de cosas establecido?

No es esta la verdadera causa.

Si Ruiz Zorrilla desentierra á los muertos, lo hace por causa de utilidad pública.

El ministro de Fomento cree que la historia y la anatomía, se parecen en que pueden enseñarse con cadáveres.

Por eso ha querido reunir en una estantería todos los nombres ilustres.

El nuevo panteón responde á una exigencia de la libertad de enseñanza.

Será una biblioteca en donde los voluntarios de la libertad podrán estudiar la historia por el forro.

Sin necesidad de quemarse las cejas, aprenderán que los grandes hombres se mueren tarde ó temprano.

Hé aquí uno de los objetos que ha tenido presentes Ruiz Zorrilla: despertar el valor en los voluntarios de la libertad.

Los murmuradores afirman que ha entrado por mucho en el ánimo del ministro de Fomento la esperanza de figurar en el catálogo del panteón como iniciador de la idea.

Dicen que por este medio pretende gozar las dulzuras del presupuesto más allá de la vida.

Nosotros no entraremos á discutir si debe ó no darse á Ruiz Zorrilla este turrón postumo; pero desde luego nos atrevemos á proponer que se le erija por su pensamiento una estatua ecuestre.

Una estatua ecuestre revolucionaria, en que el caballo esté montado en el ginete.

¿Preguntan Vds. quién es el ginete?

El sentido común.

CRISIS CONSTITUCIONAL.

Doctrina de suministros es la de los liberales: para ser todos iguales todos quieren ser ministros.

Uno dice: «tengo prisa,»

otro dice: «tengo apuros;»

otro: «vengan seis mil duros;»

otro: «¡que estoy sin camisa!»

Y la caravana

grita bullanguera:

«No aguardo á mañana;

ya no hay más espera;

venga la carterá,

ó armo la jarana.»

Asedia n á Juan y á Paco

progresistas á millares,

como las pulgas vulgares

acuden al peño flaco.

Y alborotando la villa

en revuelta zalagarda,

pretenden soltar la albarda

para ascender á la silla.

Gritan con imperio

las gentes busconas:

«Nada de misterio,

nada de encerronas;

vengan las poltronas,

ó se arma el tiberio.»

Paco y Juan, de sus hechuras

reniegan al fin y al cabo,

que al que nació para ochavo

le hacen llagas las costuras.

El progreso se impacienta

porque la crisis se alarga;

el hambre vuelve á la carga;

la conciliación revienta.

Trás del merodeo

van de varios modos:

el caso está feo;

gritan por los codos,

y no hay para todos

y sigue el jaleo.

RETRATO DE PERFIL.

¿Dónde dirán Vds. que *La Epoca* acaba de encontrar uno de los suyos?

Vamos á decirlo:

En la Academia de Ciencias Políticas y Morales, con motivo de un discurso y bajo la vera efigie del marqués de Molins.

Unidas ambas entidades públicas por el triple vínculo de la ciencia, de la moral y de la política, pueden hacer exclamar á cualquiera:

Dios los cria y ellos se juntan.

Segun *La Epoca*, el marqués de Molins, ha hecho una brillante manifestación de que es católico liberal.

Es cierto: el marqués de Molins en la Academia de Ciencias Políticas y Morales, ha solfeado con la mano derecha el himno de Garibaldi, y se ha santiguado con la mano izquierda.

O lo que es lo mismo:

Se ha arrodillado en las antecámaras de la revolución de Setiembre para cantar el credo.

Pero en honor de la verdad, el marqués de

Molins era eso, bajo la fé de sus hechos, antes de que tuviera ocasion de atestiguarlo bajo la fé de sus palabras.

Era católico verdadero cuando reconoció el reino de Italia, y al mismo tiempo era liberal de pura raza sirviendo á la union liberal de embajador en Lóndres.

De ella recibió todos los sacramentos.

Fué bautizado con el nombre de unionista.

Confesó todas sus culpas polacas ante la union liberal.

Y recibió el pan bendito del presupuesto, bajo la pingüe forma de una embajada.

Entonces se retiró á Lóndres á hacer oracion; y edificados todos nos quedamos aquí haciendo cruces.

¿Se puede ser más católico?

Felipe V fundó la Academia Española.

Esto es histórico.

El marqués de Molins es presidente de esa Academia.

Esto es auténtico.

En el salon de sesiones de la Academia estaba el retrato de Felipe V; pero el noble marqués se encontró un dia entre la espada de la revolucion de Setiembre y la pared en que se ostentaba el retrato del rey fundador de la Academia.

Cogido en esta penosa alternativa, concibió la idea de un heroico sacrificio.

Descolgó el retrato de Felipe V, y se colgó al carro de la revolucion triunfante.

La reina doña Isabel II hizo marqués al marqués de Molins.

El retrato de la reina Isabel se hallaba tambien en el salon de la Academia, y el marqués hizo con el retrato de Isabel II lo que el académico habia hecho con el de Felipe V.

¿Se puede ser más liberal?

Corolario:

La *Epoca*, pues, tiene uno más, sin que el resto de los españoles, que nos reimos muy seriamente de la revolucion, tengamos uno menos.

Permitásenos un arranque de impudor para dar vida á las ligeras líneas de este perfil ilustre:

El marqués de Molins debe mirarse con orgullo al verse desnudo.

De esa manera la revolucion le tenderá la mano, como á un insigne descamisado.

Por último, la mano de la revolucion, por una inversioun natural de las cosas, suele ser el pié de cualquier revolucionario.

FISONOMIA DE LAS SESIONES.

SESION DEL DIA 31.—Entremos en el salon sin pasar por los corredores. No se puede dar en ellos un paso sin tropezar con un progresista aspirante á ministro. Junta va, junta viene, corrillos aquí, secreticos allá, Becerras por todas partes; este es el cuadro. Diputados que no solo no tienen en las levitas bolsillos de pecho, sino que llevan en el bolsillo del pantalon el pañuelo de las narices, pretenden carteras ministeriales. Y si el progresista es de suyo extraño en todas las situaciones de la vida, ¡figúrense Vds. lo que será en

situacion de cartera! No hay gallina clueca que pueda comparárseles en lo ahuecado de su continente: ¡qué arquear los brazos, qué contoneo, qué prosopopeya!... Su inmoderado deseo de elevarse á la poltrona, les induce, por otra parte, á renegar de sus propios idolos. Cuando la instable veleta revolucionaria señala ministerio de *notables*, los candidatos de segunda fila ponen á Olózaga como un trapo, hablan de Riveró como de una bota vieja, de Rios Rosas como de un progresista nuevo, y dirigen contra Madoz epitetos suficientes para formar un Diccionario más voluminoso que el suyo. Si se trata de seguir trampeando con el ministerio actual, entonces dicen unos que el carro de la revolucion tan bien iria con ellos como con Ruiz Zorrilla; otros, que las circulares del ministro de la Gobernacion son como las que hace un bulto cualquiera cuando cae al agua; otros, que Figuerola y dinero son palabras antitéticas; otros, en fin, que Lorenzana y Romero Ortiz, el que no es *dinga es mandinga*. Añádase á esto que los unionistas se les sonrien; que á Prim le viene ancha la presidencia del Consejo; que á Serrano se le canoniza de santón para elevarle á una regencia que no rige; que Olózaga está quemado; que Posada Herrera está frito; que los republicanos cada dia están mas crudos, y fácilmente se comprenderá qué animada confusion es la que reina en los corredores.

Entre tanto, habla y habla en el salon, no ya como un libro, sino como una biblioteca, y además como un voluminoso legajo de datos estadísticos, el director de estancadas Ruiz Gomez, defensor infeliz del estanco del tabaco.

Impúgnale su jefe Figuerola, demostrando así que director y ministro son dos tubos progresistas de los órganos de Móstoles.

Peró Figuerola hace más; que para un sábio como él, ser tubo de órgano seria poco. Figuerola promete que, desestancando el tabaco, habrá en el próximo presupuesto de gastos una baja de 200 millones, por razon de sueldos, fabricacion, arrastres, etc., del citado artículo.

Y esto, como Vds. ven, no es grano de anís, por más que en cierto modo sea grano de Figuerola.

Es verdad que á medida que bajen los gastos, bajarán tambien los ingresos en mayor escala. Pero una vez echada la hacienda por la ventana, ¿no habrá conseguido el sábio hacendista establecer un orden rentístico que imposibilite en lo sucesivo todo género de despilfarros?

Ved ahí una reflexion acerca del desestanco del tabaco, que no tiene vuelta de hoja.

Y ved aquí un sábio economista que en el último tercio del siglo XIX, ofrece el asombroso espectáculo de creer que una sola palabra de un empírico puede ser la clave de un enigma de *veintitres mil millones de reales*.

¿Seria economista el que asó la manteca?

SESION DEL 1.º DE JUNIO.—Esto ya es otra cosa; pero tambien es cosa progresista.

Se trataba de la votacion definitiva de la Constitucion, solemnidad muy anunciada de antemano, y que por desdicha constitucional de los progresistas no salió muy solemne.

En vano el presidente de la Cámara, adoptando el aire de formalidad portuguesa que

el caso requeria, recomendó el silencio, la seriedad, y la fijeza de asiento á los constituyentes; la votacion no presentó carácter alguno extraordinario, y se votó el código fundamental como se hubiera votado una ley de pastos.

Esto consiste en que háy algo más solemne que la Constitucion, y es la solemnidad de la crisis, que produce en el seno de la mayoría el mas solemne de los barullos.

Los corazones agitados por la emocion de una cartera ministerial en perspectiva son insensibles al aparato teatral, y á toda farsa en que no figure la adjudicacion de carteras.

En tal estado los ánimos, concede el presidente la palabra á Ruiz Zorrilla, y no fué mayor el asombro del difunto Balaam en cierta ocasion tambien solemne, que el asombro de la Asamblea.

Ruiz Zorrilla, sin embargo, no tiene toda la culpa de esta nueva muestra del gusto progresista. Encargado un hombre, digámoslo así, como el ministro de Fomento, de escogitar un medio de solemnizar la proclamacion del nuevo código, ¿qué habia de resultar sino una idea tan adecuada como la de erigir un panteon para los huesos de varios españoles ilustres, algunos de los cuales no se sabe dónde paran?

Remover los huesos é indentarlos, ha sido siempre la aficion predilecta de los progresistas.

Y si el preámbulo del proyecto, tan monumental como el panteon por las ideas, el estilo, y la erudicion de *cal-y-canto* que revela, parece producto de una masa encefálica *inconsciente*, tampoco cabe en esto otra responsabilidad á Ruiz Zorrilla que la de haberle leído inconscientemente en las Cortes. En materia de letras más ó menos bellas, notorio es que no hace el pobre ministro sino cargar con las que se le dan, y llevarlas á donde se le manda.

Ese preámbulo es lo único que le faltaba á Ruiz Zorrilla para completar su fama. Ya no puede ser más ilustre. Mas para evitar en los siglos venideros dudas como la suscitada por el epitafio *Hic jacet Fenelon*, bueno será que al grabar en su dia sobre el mármol *Hic jacet Zorrilla*, se ponga la nota aclaratoria de que este Zorrilla fué hombre.

SESION DEL DIA 2.—Otra solemnidad se ha tragado la Asamblea constituyente.

Se trataba de firmar la Constitucion diputada por diputado, con la seriedad propia de hombres aspirantes á serios.

No habia maestro de ceremonias que diese unidad al acto; pero los constituyentes, imitando á los pinos, nada dejaron que desear en lo tocante á frescura.

Por via de recuerdo, pues que los recuerdos son el encanto á la vez dulce y melancólico de las naturalezas averiadas, habiase tenido la delicada ocurrencia de hacer un acopio de plumas de plata y marfil, para que se llevase la suya cada uno de los firmantes.

Esto de las plumas no lo comprenderá tal vez el positivismo de Europa. En la España con honra, sin embargo, los legisladores son de suyo sentimentales, é indudablemente hubieran pedido pelo á la nueva Constitucion, si no fuera una Constitucion de poco pelo.

Algo hay además de positivo en una pluma de plata. Los constituyentes, al firmar, las escogían con cierto cuidado, quizás porque, presintiendo la fragilidad de la Constitución, querían que el recuerdo de ella fuese menos frágil.

Una vez emplumados la mitad de los firmantes, la sesión se suspendió por falta de plumas.

Es decir, hablando en plata, que las plumas fueron la solemnidad del día.

Y, francamente, hay que confesar que las ridiculeces actuales no pueden ser más solemnes.

SESION DEL DIA 3.—Siguen las firmas; queda firmada la Constitución, y al ver á los firmantes provistos de plumas, no falta quien diga con el picaresco Goya: ¡«volaverunt!»

SESION DEL DIA 4.—En ella nos descubre el general Serrano, con admiración universal, que no tiene nada de extraño que haya sido arrojado de la isla de Cuba el general Dulce, cuando ya se conocía allí el nombramiento de Caballero de Rodas.

Si en vez de echarlo de Cuba los españoles lo hubieran fusilado, el duque de la Torre diría con la misma frescura:

«El general Dulce estaba tan enfermo, que iba á morir de un día á otro; no tiene, pues, nada de particular que lo hayan descargado del peso de la vida.»

FLAQUEZAS.

El Gobierno revolucionario envió al general Dulce á la isla de Cuba, como única manera de dominar la insurrección.

Los españoles de la isla de Cuba han cogido al general Dulce y lo destierran á España, como la única manera de acabar con la rebelión.

Medida del Gobierno revolucionario para salvar á Cuba: enviar al general Dulce.

Medida de Cuba para salvarse del Gobierno revolucionario: desterrar al general Dulce.

Este golpe de los españoles de Cuba parecerá sencillo, pero es doble.

Aun mismo tiempo ha herido á la revolución de Setiembre y á la insurrección de Cuba.

Ante el triste espectáculo de esta doble desgracia, nos vemos en la obligación de dar dos pésames.

Uno á Céspedes, jefe de la insurrección de Cuba; Otro á Serrano, jefe de la insurrección de España.

Difícilmente podrá curarse Céspedes la herida que le ha causado el destierro del capitán general de la Habana.

En cambio, Serrano podrá curarse su herida poniendo la venda del tercer entorchado en la manga ancha del general Dulce.

Los voluntarios de Cuba pretendían por lo visto un imposible.

Querían que el que fué Bellido Dolfos en España, fuera Roger de Flor en Cuba.

En Cuba han oído decir que la revolución de Setiembre es omnipotente, y lo han creído al pié de la letra.

Es verdad que el Gobierno de la revolución hace un general de un cualquiera.

Pero también es cierto que de todos sus generales no puede hacer uno que no sea rebelde.

La autoridad revolucionaria, cruelmente humillada en la persona del general Dulce, necesita una justa y pronta reparación.

Nosotros no encontramos más que una que esté á la altura del Gobierno.

Nómbrese á vuelta de correo á Céspedes capitán general de la Habana en sustitución de Dulce.

En resumen:

Los españoles amantes de su honor, de su patria y de su vida, han enviado al Gobierno por telégrafo la siguiente bofetada:

«Ahí va Dulce.»

Ahora vamos á reírnos de un artículo de la Constitución:

Artículo 1.º Son españoles todos los que han nacido en España.

Pues bien: los verdaderos españoles se encuentran hoy en Cuba.

Hace seis años que el general O'Donnell, viéndose en medio de la unión liberal en los pasillos del Congreso, dijo que España era un presidio suelto.

Ahora los españoles de Cuba envían á España al general Dulce.

Para el acto de firmar la Constitución, se ha repartido en el Congreso gran número de plumas.

Cada diputado conservará su pluma como un recuerdo de la Constitución.

Esto no puede ser ni más tierno ni más fúnebre.

Tierno, porque es un espectáculo verdaderamente conmovedor ver á la Constitución apenas nacida y ya emplumada.

Fúnebre, porque siendo esas plumas reliquias de la Constitución que han de guardar los constituyentes en memoria de ella, dan testimonio de que la infeliz ha muerto inmediatamente después de ser emplumada.

Hé aquí una cuenta que no sale:

El número de los diputados asciende á trescientos y tantos.

Cada uno de estos constituyentes ha necesitado una pluma para firmar la Constitución.

Tenemos, pues, trescientas y tantas plumas.

¿Cómo para llegar al acto de firmar la Constitución ha sido preciso desplumar á más de quince millones de gansos?

Una vez hecha la Constitución, los autores de sus breves días tenían necesariamente que pensar en un panteón.

La sepultura está siempre detrás de la muerte.

Todavía no se ha hecho el panteón, y ya se han traído á Madrid los restos mortales de algunos hombres ilustres.

De forma que hasta ahora el panteón no es más que el pretexto que toman los revolucionarios para espolverar esas cenizas gloriosas.

La revolución parece que siente el temor de que

resuciten los hombres célebres que quiere encerrar en el panteón revolucionario.

Este temor es pura modestia. Si esos hombres célebres resucitaran, al verse enfrente de la revolución de Setiembre se volverían á morir de vergüenza.

El Sr. Romero Giron quiere que los cadáveres sean libres, emancipando la sepultura de la jurisdicción eclesiástica.

Este progresista se adelanta un poco á su tiempo. Hasta que los hombres no se convengan en morir como perros, la revolución no tiene derecho á enterarlos como caballos.

Se nos ocurre la siguiente duda: ¿Se vendrá solo de Cuba el general Dulce? Si esto es dudoso, lo que sigue es seguro. El general Dulce traerá de Cuba mucho que contar.

ANUNCIOS.

IMPOSIBLE.

Se necesita un general, que de acuerdo con la revolución de Setiembre, pueda ir á Cuba á defender los intereses, los derechos y la honra de España.

Al que lo presente se le regalará un Topete de plata, valor de quince mil duros;

Un Prim de oro, valor equivalente á los gastos de las conspiraciones de 1866 y de 1868;

Un Serrano muy curro, que tiene todo el valor que se necesita para premiar á los mismos que fusila,

O una Cuba á gusto del Sr. Rivero.

AVISO IMPORTANTE.

La unión liberal, en obsequio á las circunstancias, ha tenido que suprimir en su calendario una festividad.

Su gran Domingo Dulce, con el que contaba para un día de fiesta, se le ha convertido en un día de trabajo.

RATIFICACION.

Han dicho varios periódicos, que el ministro de Ultramar ha colocado en su secretaría á un redactor de LA GORDA:

Es cierto: desde que Topete se encargó del ministerio de Ultramar, tenemos en él uno de nuestros principales redactores.

ULTIMA HORA.

Estamos seguros de que al salir Ruiz Zorrilla de cualquiera de las meditaciones á que se entrega, arastrado por la fuerza de su apetito intelectual, gritará con ansia:

«¡Pienso, pienso!»

MADRID.—1869.

Imprenta de J. Rivera, Molino de Viento, 13, principal.